

ANTOINE COMPAGNON

LA SEGUNDA MANO
O EL TRABAJO DE LA CITA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE MANUEL ARRANZ

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *La seconde main
ou le travail de la citation*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1979, 2016 by Éditions du Seuil
© de la traducción, 2020 by Manuel Arranz Lázaro
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17902-41-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 17360-2020

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	13
SECUENCIA I. LA CITA TAL CUAL	
1. Tijeras y pegamento	19
2. Ablación	22
3. Subrayado	25
4. Adaptación	27
5. Invitación	30
6. La lectura en marcha	32
7. El hombre de las tijeras	34
8. Una canonización metonímica	36
9. Injerto	40
10. Reescritura	43
11. El trabajo de la cita	45
12. La fuerza de trabajo	48
13. El sujeto de la cita	49
14. El error de Guillaume	51
15. Embrague por fricción	54
16. Movilización	55
SECUENCIA II. ESTRUCTURAS ELEMENTALES	
1. Situación de la cita	57
2. La forma simple de la repetición interdiscursiva	58
3. Una relación de intercambio	65
4. La cita hecha signo	68
5. La incitación	79
6. Significación y valores de la cita	82
7. Reconocimiento, comprensión, interpretación	85
8. La constelación de los valores de repetición	92
9. Valor de uso y valor de cambio	100

10. Sentido y denotación	102
11. Verdad y autenticidad	106
12. La inherencia bivalente de la cita	109
13. <i>Amplificatio</i>	110

SECUENCIA III. LA PREHISTORIA DE LA CITA

1. ¿Un hecho de lengua universal?	113
2. Forma y función	117
3. Análisis de un campo semántico	120
4. Las comillas y la <i>mimesis</i>	121
5. El poder de la repetición...	127
6. ... y el abuso del diálogo	132
7. El simulacro	138
8. Hacer ver	143
9. ¿Una «buena» cita?	146
10. La reminiscencia contra la logografía	147
11. Lo verdadero y lo verosímil	152
12. La <i>gnome</i> o la cita retórica	154
13. Estrategia enunciativa de la <i>gnome</i>	162
14. El espíritu y el cuerpo	168
15. <i>Sententia</i> y sensibilidad	171
16. El maravilloso cuerpo del discurso	177
17. <i>Vox</i> : la posesión	179
18. Una regulación interna del discurso	184

SECUENCIA IV. UN «SUMMUM», EL DISCURSO DE LA TEOLOGÍA

1. Una monografía	190
2. Una taxonomía de la cita	193
3. La máquina de escribir teologal	194
4. Comentar	197
5. Sobre el origen	200
6. ¿Un Midrash cristiano?	201
7. Estado del texto fundacional	203
8. Las dos Escrituras	208

9. El plural de los sentidos	210
10. La astucia de Orígenes	218
11. El rollo dulce como la miel	221
12. La duplicidad de Cristo	222
13. El <i>Lógos</i> teologal	232
14. El Verbo abreviado	244
15. El fetiche	246
16. Los significantes mayores y su combinatoria	251
17. Segunda inspiración del discurso teologal	258
18. ¿Un discurso interminable?	260
19. La regulación asincrónica de la máquina teologal	261
20. El encadenamiento de los discursos	265
21. La <i>auctoritas</i>	267
22. Fin de serie	271
23. El sujeto desmentido	276
24. La impostura	278
25. «Abre tu boca, y yo la saciaré»	281
26. Continuará...	283

SECUENCIA V. LA INMOVILIZACIÓN DEL TEXTO

1. La escritura en todos sus estados	285
2. <i>Commentatio, commentitia</i>	287
3. La crisis de autoridad	291
4. La lengua muerta	294
5. Marcha atrás	296
6. La página impresa	297
7. Comillas y cursiva	299
8. La razón del ejemplo	301
9. Un modelo espacial de la escritura	305
10. Los tipos móviles	308
11. El emblema	315
12. La marca de imprenta	320
13. El adagio	325

14. Erasmo y Holbein	330
15. La anamorfosis	338
16. Alegación y cita	341
17. La torre de Montaigne	346
18. El medallón	347
19. Nominalismo	351
20. El valor fiduciario del signo	354
21. Citar a diestra y siniestra	356
22. Trastornos de la memoria	364
23. Atardeceres perigordinos	367
24. ¡Ya no juego!	370
25. Montaigne en el banquillo	375
26. Restablecimiento retórico	385
27. El escarmiento de Narciso	392
28. La regulación de la escritura o el texto como homeostato en el siglo XVII	397
29. La perigrafía	404
30. Lo titulado y lo designado	405
31. La bi(bli)ografía	410
32. Diagrama o imagen	412
33. En portada	414
34. La avanzadilla	415
35. La fosa septizante	418
36. El principio del libro y el final de la escritura	421
37. La vocación de escritura	428
38. Posesión, apropiación, propiedad	431

SECUENCIA VI. LA ESCRITURA EMBROLLADA

1. La cita consumada	442
2. Una economía de la escritura	444
3. Teratología	446
4. Festividades	449
5. Relleno	452
6. El trampantojo	453
7. La sinrazón suficiente	456

8. La cacografía	469
9. Estructura y serie	471
10. La cita caprichosa	474
11. La nivelación	476
12. La maculatura	479
13. El síntoma	484
14. El hombrecillo de Ampère o el histriónico espiritual	488
15. Espacios de escritura	491
<i>Questa coda non è di questo gatto</i>	497
<i>Postfacio</i>	505

Para empezar, nadie piensa que las obras y los cantos se creen de la nada. Siempre están dados de antemano, en el presente inmóvil de la memoria. ¿A quién podría interesarle una palabra nueva, jamás transmitida? Lo que importa no es decir, es repetir y, en esta repetición, decir cada vez como si fuera la primera vez.

MAURICE BLANCHOT,
El diálogo inconcluso

Lo único terrible en nosotros y en la tierra y en el cielo acaso es lo que aún no se ha dicho. No estaremos tranquilos hasta que no lo hayamos dicho todo, de una vez por todas, entonces quedaremos en silencio por fin y ya no tendremos miedo a callar. Listo.

CÉLINE, *Viaje al fin de la noche*
[trad. Carlos Manzano]

Copiar como en otros tiempos.

GUSTAVE FLAUBERT,
Bouvard y Pécuchet
[trad. José Ramón Monreal]

PRÓLOGO

Este libro no tiene objeto, no tiene objeto definido, puesto que tiene varios, al menos dos, entre los que oscila; es un libro bífido, como la lengua de serpiente que tentó a la primera mujer. El primer objeto de este libro es la *cita*, que, como el clavo de canela, altera el sabor de los alimentos, según el decir de Hobbes; el segundo, el *trabajo de la cita*, la apropiación o la recuperación, es decir, el producto de la fuerza que se apropia de la cita mediante el desplazamiento que se le hace experimentar; el todo es la escritura misma, ese esfuerzo, o el libro, ese desplazamiento, los libros que intercalan la cita y la deslizan como el anillo que se hace pasar de mano en mano en el juego de corre el anillo, o la serie de los libros, en la patrística por ejemplo, que se nutren de *glosar lo glosado*. «No hacemos sino glosarnos los unos a los otros», escribía Montaigne, y tomaba buena nota. Toda escritura es glosa y glosa de la glosa, toda enunciación repite. Tal es la premisa de este libro, que pone a prueba la cita, la forma simple de la repetición, el cebo del libro.

Este libro no tiene objeto fijo, pero parte de la cita y quisiera llegar a convertirse en libro. Ahora bien, la cita y el libro son las dos caras de una misma cosa, las dos caras de ese glosarnos los unos a los otros, de la entreglosa. De una a otra cara, este libro varía sobre un tema: la glosa es la manía, la idea fija, la obsesión de la escritura; es su origen y su límite. Series o fugas sucesivas, *secuencias* que desvían el tema inicial y el objeto asintótico sin abordarlos de frente; tratan de acercarse a él mediante rodeos, de tocarlo tangencialmente, de trazar su enclave geométrico.

Este libro no tiene objeto definido, pero tiene un punto de fuga, plantea una cuestión de principio: ¿cómo desenvol-

verse en la maraña de *todo lo dicho*? Problema de la cuadratura del círculo o del movimiento perpetuo. Rozando la aporía, es preciso ponerlo en perspectiva. Las secuencias de este libro son otras tantas perspectivas sobre esa pregunta, respuestas indirectas. No se tratará, por lo tanto, de una teoría de la cita ni del libro, sino de una procesión en el sentido etimológico de la palabra. Por lo demás, como decía Valéry: «No hay nada más ambulatorio que una idea fija...». De ahí que la forma adoptada sea una serie de *secuencias* y de *apartados*. Sus estaciones principales son las siguientes:

UNA FENOMENOLOGÍA. Describe el comportamiento de la cita en la experiencia inmediata de la lectura y de la escritura; sitúa el acto de la cita en el centro de toda práctica del texto de la que es el gesto elemental. Una fenomenología de la cita, de la producción y no del producto, de la enunciación y no del enunciado, tiene como finalidad insistir sobre los temas tratados. Es una condición previa y configura las secuencias posteriores de la investigación, cuando éstas se refieren no ya al acto sino a la forma y a la función, a la cita perfectamente delimitada por comillas.

UNA SEMIOLOGÍA. Analiza, desde un punto de vista sincrónico y formal, el hecho de lenguaje que representa la cita; observa la manera o las maneras en que la cita produce sentido, como enunciación y como enunciado, en el discurso en que se inscribe; examina las perturbaciones que la cita o las comillas introducen en el funcionamiento del lenguaje que los lógicos califican de «normal»; propone una tipología formal de los valores de enunciación de la cita. Esta secuencia considera la cita como un signo y se esfuerza sobre todo por justificarlo. Sin duda habríamos podido hacer las cosas de otro modo y mostrar, no ya que la cita se limita a ese artefacto que permite pensar el lenguaje, sino, a la inversa, evitando la noción de signo, que la cita permite describir la actividad del lenguaje cuyo principio formulaba Borges de este modo: «Hablar es incurrir en tautologías». El resultado será

el mismo: tanto si la cita es un signo igual que el resto como si el resto es cita, lo que aquí importa es que el trabajo de la cita no difiere del juego de lenguaje en general.

UNA GENEALOGÍA. Revela y narra algunos episodios señalados en la diacronía de la función o de la práctica institucional que involucra la cita. No es una historia—no tiene ninguna pretensión de exhaustividad—, sino una serie de investigaciones o de sondeos discretos. La cita es una forma que permite una pluralidad de funciones en el discurso: sus valores funcionales son confrontados con los valores formales propuestos por la tipología, lo que supone una ocasión de ponerla a prueba y de ocultarla. Cada uno de los sondeos coincide con un género del discurso o de la entreglosa, estudia el campo semántico, lógico, histórico en que aparece la cita, determina el modelo de la repetición que ese discurso supone y admite, lo interpreta como práctica social de lo ya dicho por lo que se refiere al modo de enunciación que prescribe. Las épocas destacadas en esta crónica son las siguientes:

- *La retórica antigua*, un estado estable de la cita, desde Aristóteles hasta Quintiliano, cuando se le reconocía un valor dialéctico o lógico. La entreglosa se destaca sobre el fondo de la *mimesis*, y de la condena que de la misma hizo Platón.

- *El comentario patristico*, otro estado estable de la cita, cuyo modelo es la *auctoritas*. Aquí la tradición es una forma extrema de la entreglosa. Tal estado se describe a partir de Orígenes, el promotor del comentario cristiano.

- *El advenimiento de la cita moderna*, una transición en dos tiempos. En primer lugar una situación provisional, contemporánea del desarrollo de la tipografía, algunos de cuyos testigos privilegiados son Ramus, Erasmo y Montaigne: la cita tiene un valor de emblema, ese signo efímero y subversivo del siglo XVI. A continuación la crítica de esta situación—la censura de Montaigne por parte de Pascal, Arnauld y Nicole, Malebranche—de la que emana la cita de los clásicos, un distintivo del autor, un valor de la enunciación. Se esbo-

za una reconstrucción del libro a partir de su *perigrafía*, el escenario del libro, y los elementos que en su frontera refrenan la entreglosa.

UNA TERATOLOGÍA. Para completar el panorama, enumera algunos casos anómalos en relación tanto con la tipología como con la genealogía; libera la cita de su estrecha definición, ligada a las comillas; analiza algunas citas excéntricas y algunas glosas características. Lo que equivale a llevar la genealogía hasta su estado actual, en que la cita tiene un valor de síntoma involucrado, en cuanto tal, en una repetición serial y en un movimiento indefinido, un valor próximo al emblema, como se calificó la cita de Montaigne.

En resumen, el examen de la cita se inscribe en cada momento en un conjunto más vasto, que la desborda y en el que ella se manifiesta como un caso particular, evidentemente ejemplar, de la repetición de lo ya dicho. Más que analizar la cita en sí, lo que importa es explorar, a través del rodeo de la cita, las entreglosas variadas que son tal o cual discurso en que se presenta la cita.

A lo largo del recorrido, a través de sus diversas etapas, se defiende una tesis. La cita, solidaria de un acto (el fenómeno), de un hecho de lenguaje (la forma) y de una práctica institucional (la función), es una piedra de toque de la escritura; sirve para comprobar el valor de la conversión que opera el libro de lo ya dicho, mediante la repetición y la entreglosa. La cita tiene el estatuto de un criterio de validez, de un control de la enunciación, de un dispositivo de regulación, en ocasiones de autorregulación, de la repetición de lo ya dicho: cuando es «buena» califica; cuando es «mala» descalifica. Lejos de ser un detalle del libro, un rasgo externo de la lectura y de la escritura, la cita representa una apuesta capital, un lugar estratégico e incluso político en toda práctica del lenguaje, desde el momento en que asegura su validez, garan-

tiza su procedencia, o, por el contrario, las refuta. Todo ello responde a la pregunta de partida: ¿cómo administrar lo ya dicho? Esto confirma también que la cita no podía ser objeto de un libro, sino únicamente prestarle el punto de partida y de fuga; lo que explica también por qué la cita y la entreglosa son indisociables. La cita permite desenvolverse, porque no es más que una convención que reniega de la ley del lenguaje: «Hablar es incurrir en tautologías», «No hacemos sino glosarnos los unos a los otros», «*Non nova, sed nove*». Toda escritura es elusiva.

Así pues, las secuencias que siguen—fenomenología, semiología, genealogía y teratología—componen el programa, no ya de una ciencia, sino de una lección de cosas, una sarta de falsas perspectivas sobre la pregunta de partida. Este libro no es un discurso *sobre* la cita sino un discurso *de* la cita, su cuadro clínico—yo soy víctima de la cita, es decir del lenguaje—no su terapéutica. Como una especie de folleto de viaje improvisado, una serie de excursiones enlazadas libremente, una entreglosa. ¡Ojalá que al menos se aparte del lugar común!¹

¹ Una versión anterior de estas páginas fue una tesis doctoral de tercer ciclo, escrita durante una estancia en la fundación Thiers, y defendida en diciembre de 1977 en la universidad de París VII. Julia Kristeva dirigió la realización del trabajo; le expreso mi agradecimiento, así como a Jean-Claude Chevalier y a Gérard Genette, que formaron junto a ella el tribunal. Doy las gracias igualmente a los amigos cuyas lecturas me sugirieron muchas cosas.

SECUENCIA I
LA CITA TAL CUAL

Bordar y recortar papel era entonces en las Indias el único medio para obtener altos destinos. El sultán no conocía otro género de mérito o por lo menos no dudaba de que el hombre que poseyese semejante talento tuviese con mayor motivo cuantos se necesitan para ser un buen general o un excelente ministro.

CREBILLON hijo, *Le Sopha*

Mi trabajo de escritor consiste únicamente en componer (literalmente) notas, fragmentos escritos a propósito de cualquier cosa, y en *cualquier época de mi historia*. Para mí, tratar un tema consiste en agrupar fragmentos *existentes* sobre un tema, escogido mucho más tarde o impuesto.

PAUL VALÉRY, *Cahiers*

I. TIJERAS Y PEGAMENTO

Cuando era niño tenía un par de tijeras, unas tijeritas con la punta roma para evitar lastimarme; los niños son muy torpes cuando aún no tienen uso de razón y están aprendiendo el alfabeto. Empuño las tijeras y recorto papeles, trozos de tela, cualquier cosa, quizá incluso mi ropa. En ocasiones, si me porto bien, me regalan un recortable. Son grandes hojas encuadradas y en cada una de ellas hay dispuestos, en desorden, barcos, aviones, coches, animales, hombres, mujeres y niños. Todo lo necesario para reproducir el mundo. No sé leer las instrucciones de uso, pero las llevo en la sangre: la pasión de recortar, de seleccionar y de combinar. Procuero ser minucioso: trato de seguir el borde de los figurines, el contorno negro que perfila los dibujos. Sin embargo, de todos los juegos, el recortable es el que más logra sacarme de mis casillas: aprieto los puños, doy patadas, me revuelco por

el suelo. Me enfurece que las cosas me opongan resistencia, que se nieguen a someterse a mi voluntad, que se resistan a representarse en mi recortable, en mi modelo del universo. Siempre me paso algunos milímetros del límite, corto las pestañas de papel que se pliegan sobre los hombros o sobre el perfil del cuerpo para sostener los vestidos pegados a la silueta de cartón desnudo. Me vuelvo loco. ¿Cómo voy a lograrlo, si sólo mi madre tiene esas largas tijeras puntiagudas para sus trabajos de costura que me permitirían recortar sin mutilar esas pequeñas pestañas? Hay que reparar los desperfectos, volver a pegar las pestañas que faltan. Pero tampoco tengo cinta adhesiva. Envidio estos dos grandes privilegios de las personas mayores, las auténticas tijeras, puntiagudas, y el auténtico pegamento, que pega todo, incluso el hierro. Me fascinan—como al último indio Ishi le fascinaban los atributos que definían para él al hombre blanco—las cerillas y el pegamento.¹ Yo sólo tengo un pequeño bote que huele a horchata y una frágil espátula para extender esa pasta que tiene el color, la consistencia, el olor y el sabor del postre que sirven los restaurantes chinos de París con la denominación apócrifa de «delicia de las islas». Pegar no restituye jamás la autenticidad: descubro el defecto que sé que está ahí y no logro ver otra cosa. Pero me acostumbro poco a poco a lo aproximado; me aparto de la regla, parodio el mundo: un vestido femenino sobre un cuerpo masculino, y a la inversa. Componiendo monstruos acabé por aceptar la fatalidad del fracaso y de la imperfección. Nada se crea. Parodio el juego recortando nuevos elementos en un papel cualquiera que coloreo sin ningún sentido. Aquello ya no se parece a nada; ya ni siquiera me reconozco a mí mismo. Pero me gustan esas naderías.

Recortar y pegar son el modelo del juego infantil, una forma apenas más elaborada que el juego del carrito de hilo en

¹ Véase T. Kroeber, *Ishi, le testament du dernier Indien sauvage*, París, Plon, 1968.

el que, en la alternancia de la presencia y la ausencia, Freud veía el origen del signo, una forma primitiva del juego de la morra—o del de piedra, papel, tijera—, y más poderoso si nada, en el fondo, se resiste a mi pegamento. Hago un mundo a mi imagen, un mundo donde yo me pertenezco, y es un mundo de papel.

Me imagino que, cuando sea muy viejo—si es que llego a muy viejo—, volveré a encontrar el placer puro del recortable: volveré a la infancia. Todas las mañanas me traerán el periódico y lo recortaré línea a línea, en largas tiras de papel que pegaré unas a otras y las enrollaré como una cinta de máquina de escribir. Tendré en qué ocupar el día: ya no leeré, ya no escribiré; ya no sabré ni leer ni escribir, pero todavía tendré algo que ver con el papel, con las tijeras y con el pegamento.

Cortar y pegar son las experiencias fundamentales del papel, de las que lectura y escritura no son más que formas derivadas, transitorias, efímeras. Entre la infancia y la senilidad, ¿qué es lo que habré hecho? Habré aprendido a leer y a escribir. Leo y escribo. No dejo de leer y de escribir. Pero ¿no lo hago por la sola razón inconfesable de que, por el momento, no puedo permitirme consagrarme por completo a la práctica del papel que satisfaría mi deseo? La lectura y la escritura son sucedáneos. Echo de menos los libros antiguos, que había que abrir previamente con un cortaplumas: «El repliegue virgen del libro, aún, presto a un sacrificio del que sangraron los cantos rojos de los tomos antiguos; la introducción de un arma, o abrecartas, para establecer la toma de posesión».² Me gusta el segundo tiempo de la escritura, cuando suprimo, añado y reorganizo. Primero leer, luego escribir: momentos del puro placer reservado. ¿No preferiré recortar las páginas y pegarlas en otro sitio, desordenando, mezclando sin ton ni son? ¿Me importa realmente el *sentido*

² Mallarmé, *Fragments sobre el libro*, trad. Juan Gregorio, Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos, 2002, p. 95.

de lo que leo, de lo que escribo? ¿No es más bien otra cosa lo que busco, algo que en ocasiones me procuran, a su pesar, estas actividades: el placer del bricolaje, el placer nostálgico del juego infantil? Por eso hay que conservar el recuerdo de esta práctica original del papel, anterior al lenguaje, y que el acceso al lenguaje no suprime completamente, para seguir su huella siempre conservada, en la lectura, en la escritura, en el texto, cuya definición menos restrictiva (la que suscribo) sería: *el texto es la práctica del papel*. Dos de los grandes autores de este siglo ilustrarían esta definición: Joyce y Proust. Para el primero tijeras y pegamento, «*scissors and paste*», figuran como objetos emblemáticos de la escritura;³ el segundo comparaba de buen grado su trabajo de pegar acá y allá sus «papelitos» al del sastre que confecciona un vestido más que al del arquitecto o el constructor de catedrales.⁴ Y en el texto, considerado como práctica compleja del papel, la cita lleva a cabo de manera privilegiada una supervivencia que anima mi pasión por el gesto arcaico de recortar-pegar.

2. ABLACIÓN

Cuando cito, extirpo, mutilo, extraigo. Hay un objeto inicial, que tengo delante, un texto que he leído o que estoy leyendo, y el curso de mi lectura se interrumpe en una frase. Vuelvo atrás: releo. La frase releída se convierte en una fórmula, aislada en el texto. La relectura la desliga de lo que precede y de lo que sigue. El fragmento elegido se convierte él mismo en texto: ya no un fragmento de texto, una parte de la frase o

³ Joyce, *Ulysses*, Londres, The Bodley Head, 1949, p. 108. [*Ulises*, trad. José María Valverde, Barcelona, Lumen, 1979, I, p. 224].

⁴ Proust, *A la recherche du temps perdu*, París, La Pléiade, 1954, t. III, p. 1033. [*En busca del tiempo perdido. El tiempo recobrado*, vol. 7, trad. Con-suelo Berges, Madrid, Alianza, 1969, p. 262].